

negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales, que él habia oído decir que habia unos polvos para este efecto: dijéronle que tenían un médico amigo que les daría el mejor remedio que supiese, si es que le habia, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo apriesa se despidieron. Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ella vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no habia querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposición del músico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo, que la pobre señora, convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca; un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje, que de todo vino proviédolo en las alforjas, ima-

ginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de traje. Era mozo y de gentil disposicion y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenían hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido; y despues que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese orden y traza como el señor su maestro entrase allá dentro para oírle y verle de más cerca, y no tan por brújula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que ¡podia cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucederia así si le tuviesen escondido dentro. A esto contradijo su señora con muchas véras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde allí le podian ver y oír á su salvo y sin peligro de su honra. ¿Qué honra? dijo la dueña: el rey tiene harta; escétese vuesa merced encerrada con su Matusalén, y déjenos á nosotras holgar como pu-

diéremos; cuanto más que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos. Yo, señoras mías, dijo á esto Loaysa, no vine aquí sino con intención de servir á todas vuestras mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho género se pierden: hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condición y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuestras mercedes dijere, maestro, siéntese aquí, maestro, pásese allí, echaos acá, pasaos acullá, así lo haré, como el más doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia. Si eso ha de ser así, dijo la ignorante Leonora; ¿qué medio se dará para que entre acá dentro el señor maese? Bueno, dijo Loaysa; vuestras mercedes puenen por sacar en cera la llave de esta puerta de enmedio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, dijo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra. No por eso será peor, replicó Loaysa. Así es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor primero que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y que

dito donde le pusiéremos. Si juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora, que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz y besalla que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuatem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de Paris, Loaysa les habló, y les dio cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos ó otra cosa, como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; dijoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos ó unguento vendria la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos días, si no era lavandose con vinagre todas las partes que se habían untado; y que se les diese la llave en cera,

perando la llave estaban. Temblado y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuande á ellas le llegó, le parecia que se estremecía, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto. En efeto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle enbalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el alopiado unguento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar, el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oír en la calle: música á los oídos de su esposa más acordada que la del maese de su negro; y áun mal segura de lo que veía, se llegó á él, y le estremeció un poco, luégo más y luégo otro poquito más por ver si despertaba; y á tanto se atrevió que le volvió de una parte á otra sin que despertase; como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera, llamó á la dueña, que allí la estaba esperando, y le dijo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme más que un muerto. Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora? dijo la dueña; mira que está el músico aguardándola más há de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondió Leonora; y volviendo á la cama, metió la ma-

no por entre los colchones, y sacó la llave de enmedio sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar frinco de contento, y sin más esperar abrió la puerta, y la presentó á la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podía suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen. Así será, dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa, dijo Leonora; bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras, y nos haremos de oír cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda. no te detengas más, porque no se nos pase la noche en pláticas. Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traía, fué tanto el contento de todas que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo ¡viva! ¡viva! y más cuando les dijo que

no había necesidad de contrabacer la llave, porque según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea, pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta, y entre este señor, que há mucho que aguarda, y démonos un verde de música que no haya más que ver. Más ha de haber que ver, replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa, que todo lo había estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo; Sabrá vuesa merced, señor mío, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas de esta casa somos doncellas como las madress tue nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos; según se les antoja: y siendo esto así, com lo es, no sería razón que á trueco de oír dos, ó tres, ó ecuatro cantares, nos pusiésemos á perder

tanta virginidad como aquí se encierra; por que hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer, primero que entre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intención, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso, dijo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro. A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mí, mas que nunca jura, entre con todo diablo, que aunque más jura, si acá estás todo olvida. Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: Por cierto, señoras hermanas y compañeras mías, que nunca mi intento fué, en ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzáren; y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra: porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion cuarentigia; y quiero hacer saber

á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon: y así juro por la intemerata eficacia donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la más mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde ahora para entónces y desde entónces para ahora lo doy por nullo y no hecho ni valadero. Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas que con atención le había estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si más quiero que jures, pues con solo lo jurado podías entrar en la misma sima de Cabra: y asiéndole de los gregüescos le metió dentro, y luego todas las demas se le pusieron á la redonda. Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subía el músico se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si,

había jurado. Respondióle que sí, y con la más nueva forma de juramento que en su vida había visto. Pues si ha jurado, dijo Leonora asido le tenemos; ¡oh qué avisada que anduve en hacerle que jurase! En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los piés para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese; lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podían hablar alto, porque el unguento con que estaba untado su señor tenía tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponía á un hombre como muerto. Así lo creo yo, dijo Leonora; que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté, ronca como un animal, Pues eso es así, dijo la dueña, vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oír cantar aquí al señor, y regocijarnos un poco. Vamos dijo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. A lo cual respondió Guiomar: Yo, negra, quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Quedóse la negra, fuéronse á la sala, donde había un

rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia: ¡Ay que copete que tiene tan lindo y tan rizado! otra: ¡Ay qué blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondades, que más blancos ni más lindos sean! otra: ¡Ay qué ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parece sino que son de esmeraldas! Esta alababa la boca, aquélla los piés, y todas juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, regándole que la tocasse, y que cantase unas coplillas que entónces andanban muy validas en Sevilla, que decian:

*Madre la mi madre,
Guardas me poneis.*

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantaronse todas, y ise comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabia la dueña las coplas, y cantélas con más gusto que buena voz y fueron éstas:

*Madre la mi madre,
Guardas me poneis:
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.*

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor,
Por eso es mejor
Que no me encerreis:
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por si no se guarda,
No la harán la guarda
Miedo ó calidad:
Romperá en verdad
Por la misma muerte
Hasta hallar la sueta
Que vos no entendéis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

Y aunque más propongan
De hacer lo que haceis.
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la más hermosa
La vuelve en quimera:
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los piés.
*Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.*

Al fin llegaban de su canto y baile el coro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pié y de mano como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y bajo, dijo: Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene. Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traído; y procurando cada

una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una, y cuál por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabía qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente. la señora Marialonso. En fin, todo era confusion sobresalto y miedo. Pero la dueña, como más astuta y reportada, dió órden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala, que no faltaria excusa que dar á su señor, si élli las hallase. Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venía, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo la cual se las mando de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debía tener el músico; y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba no ménos confuso que pensativo, esperando las nuevas de

lo que hacia el viejo untado : maldecia la falsedad del unguento, y quejabase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la experiencia en otro, ántes de hacerla en Carrizales. En esta llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormia á más y mejor : sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intencion suya, y propuso en sí de ponerla por anzueto para pescar á su señora. Y estando los dos en sus pláticas, las demas criadas, que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo habia despertado, y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habian dejado á su señora de la cual supieron el sueño de su amo, y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo donde estaban, y todas, con el mismo silencio que habian traído, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban : no faltó de la junta Guiomar la negra ; el negro si, porque así como oyó que su amo habia despertado, se abrazó con su guitarra, y se fué á esconder en su pajar, y cubierto con la menta de su pobre cama sudaba y transudaba de miedo ; y con todo eso, no dejaba de tentar las cuerdas de la

guitarra : tanta era (encomendado él sea á Satanás) la aficion que tenia á la música. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas : ninguna la llamó vieja, que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan ; pero lo que más risa causára á quien entónces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efecto, la conclusion de la plática de los dos fué que él condescenderia con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora. Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedia ; pero á truceo de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma, y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse : dejóle, y solió á hablar á su señora ; y como vio su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con ménos ó con ningún sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les habia agnado el gusto. Bien entendieron todas que la vieja se queria quedar sola ; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las

criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos dias la tenía estudiada : encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias : pintóle de cuánto más gusto le serian los abrazos del amante mozo que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes á éstas, que el demonio le puso en la lengua, llena de colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que movieran, no sólo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdicion de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las preveniciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándole la bendicion con una risa falsa de demonio,

cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado ó por mejor decir, a esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar á Carrizales, á no saber que dormía, que ¿adónde estaban sus advertidos recatos, sus celos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aún en sombra álguien que tuviese nombre de varon, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora habia dotado, los regalos continuos que la hacia, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester y que podian desear? Pero ya queda dicho que no habia para que preguntárselo, porque dormía más de aquello que fuera menester : y si él lo oyera y acaso respondiera, no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir : todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazon y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida : libre Dios á cada uno de tales ene-

migos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero, con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que más le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del unguento. Carrizales despertase, y como tenía de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con más ligereza y denuedo que sus muchos años prometían; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero, reportándose un poco, salió al corredor, y de allí andando pié ante pié por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormía, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto como si en ellos obrára la virtud del unguento, y no en el celoso anciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la

garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espiritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento; y con todo eso tomára la venganza que aquella grande maldad requería si se hallára con armas para poder tomarla: y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y áun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que habia venido á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba, pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora viendo tan entrado el dia, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo; rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando; y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron-

que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decían era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo: ¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traído mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo, mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del unguento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: ¿Qué teneis, señor mío, que me parece que os estais quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual, le dijo: Hacedme placer, señora, que luego luego envíe á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver ántes que muriese. Sin duda creyó Leo-

nora ser verdad lo que su marido le decía, pensando ántes que la fortaleza del unguento, y no lo que hacia visto, le tenía en aquel trance; y respondiéndole que haría lo que la mandaba, mandó al negro que luego al punto fuesen á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacía las mayores caricias que jamás le habia hecho, preguntándole qué era lo que sentía, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que más amaba. Ella la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacía, una lanzada que le atrevesaba el alma. Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debía de ser de momento, pues, se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora: de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa despues que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecia arrancársele el alma, Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de

si, considerando la falsedad de sus lágrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenia asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas, ella con no más ocasion de verlas derramar á su esposo : él por ver cuán fingidamente ella las derramaba. Así como sus padres entraron, habló Carrizales y dijo ; Siéntense aquí vuestras mercedes, y todos los demas dejen desocupado el aposento, y sólo quede la señora Marialonso. Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales. Bien seguro estoy, padres y señores míos, que no será menester traer os testigos para que me creais una verdad que quiero deciros : bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caído de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas hace hoy un año, mi mes cinco dias y nueve horas, que me entregasteis á vuestra querida hija por legítima mujer mía : tambien sabis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote que más de tres de su misma calidad pudieran

casar con opinion de ricas : asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenia : ni más ni ménos habeis visto, señores, cómo llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fué posible ; alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doble las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpétuamente de ella todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese ; dile criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme ; hicela mi igual, comuniquéle mis más secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda : todas estas eran obras para que, si bien lo considerára, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurára no darme ocasion á que ningun género de temor celoso entrára en mi pensamiento ; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos

y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricante del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con decirs en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa), en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apénas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que así como yo fui extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomáre, tomándola de mi mismo como del más culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni comparecerse en uno los quince años desta

muchacha con los casi ochenta míos, y yo fui el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese; y á ti no te culpo, ¡oh, niña mal aconsejada! (Y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora.) No te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al ménos de simplicidad jamas oida ni vista; y así quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demas hacienda mandaré á otras obras pías, y á vosotros, señores míos, dejaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escri-

banó sea luégo, porque la pasion que tengo me aprieta de manera que á más andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensió le darian los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luégo al punto se fuese de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiró se Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fué se á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. En tanto, pues, que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habían vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que había dicho, sin declarar el yerro de Leonora, más de que por bunnos respetos le pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la había dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora se arrojó á los piés de su marido, y saltándole el

corazon en el pecho, le dijo: Vivir vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no esteis obligado á creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, horaron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negros, y á la falsa Marialon. Como le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron á la sepultura. Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabía que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno los había dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la

libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con al deseo de llegar al fin deste suceso. ejemplo y espéjo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre; y de lo ménos que hay confiar de verdades y pocos años, si les anda al oído exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Solo no sé qué fué la causa que Leonora nó puso más ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.

LAS DOS DONCELLAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTECITREY, MEXICO

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartaho extranjero: no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luégo el huésped (que era hombre diligente y de recato), mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy aprisa los botones del pécho, y luégo dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifesto indicio de desmayarse. La huésped, que era caritativa, se llevo á él, y ricoándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él, dando muestras que le habia pesado de que así le hubiesen visto, se volvió á brochar, pidiendo que le diesen luégo un aposento donde